



Derecho a fumar, a migrar y a autogobernarse

El mal negocio de ilegalizar la inmigración

FEDERICO PAZ

FOTOGRAFÍA: G. ESCOBAR Y E. WIDNICKI

La civilización occidental, con Europa como punta de lanza y sus herederos norteamericanos después, ha perfeccionado hasta el paroxismo el arte de hacer malos negocios. Los malos negocios se reconocen fácilmente porque siempre alguno de los dos implicados sale perdiendo, en general el más débil, y hay que coaccionarlo mediante la guerra, la piratería, las leyes o la desesperación para que acceda a realizarlos. El continente africano ha sido víctima durante siglos de nuestros malos negocios y ahora sus jóvenes llegan en pequeños barcos para equilibrar las consecuencias

*“...por las aguas del estrecho, flotan claveles negros
no hablan porque se ahogan, no miran pa’ que nadie los vea...”*

(Mártires del Compás)

Épocas de vacas gordas y vacas flacas.

Basta asomarse a las partes más empinadas de ciudades como Pamplona, o a las zonas más cercanas al mar en puertos como el de Eivissa, para recordar la época en que los reinos medievales dedicaban todo su ingenio a cuidar su prosperidad de la pobreza ajena. Por eso, a diferencia de otros continentes,

los europeos han salpicado sus ciudades de terribles murallas defensivas con cañones apuntando a los que llegarán.

Luego las hambrunas, las pestes y las guerras los hicieron dejar masivamente los campos y las ciudades, buscando su suerte allende el mar para poder así salir adelante. Era una época en la que todavía se podía circular libremente sin dar

explicaciones obvias acerca de por qué se hacía, ni tampoco había que arriesgar inútilmente la vida para poder migrar.

Ahora, que la fortuna sonríe nuevamente al continente, las modernas murallas se edifican no sólo con piedras sino también con leyes injustas, que sólo pueden aplicarse sin sentir retortijones en el estómago luego de un profundo proceso de

